

por los jefes del movimiento, para inspirar en las masas, fáciles de impresionarse, el deseo de derrocar al gobierno vireinal. El mismo cura Hidalgo manifiesta que los epitetos ofensivos que en sus proclamas usó contra los europeos radicados en el país, y el presentarles como impíos, enemigos de la religion, del rey y de la patria, despreciando en su orgullo á los nacidos en la América, mirándoles con desprecio y humillándolos, queriendo entregar el país á los franceses y á los mejicanos en poder de Napoleon como esclavos, los usó con «el objeto de inspirar el odio contra el Gobierno, no porque tuviese para ello un racional fundamento, sino porque era necesario para sostener la empresa á que se habia dedicado» (1). D. Cárlos María de Bustamante, que al hablar de la distincion que se dió á los soldados y oficiales realistas por los triunfos adquiridos sobre los independientes, dice que en el escudo estaba escrito el «odioso nombre de Fernando VII», y arriba, por la orla, se leia: «Venció en Aculco, Guanajuato y Calderon», escribió dos años antes, el 6 de Agosto de 1808, antes de que la revolucion estallase, un artículo congratulándose por la union fraternal que reinaba entre los hijos de ambos países y que formaban un solo pueblo, con una sola bandera, y haciendo una invitacion para la construccion de una medalla en honra de ese mismo Fernando VII. En este escrito, cree al país honrado con la memoria de Hernan Cortés, y presenta á éste como una de las glorias, así para los españoles como para los descendientes de éstos en Méjico. El artículo del referido

(1) Contestacion del cura Hidalgo á la pregunta 30.

escritor empezaba con estas palabras: «Union, Paz, Fraternidad, Benevolencia eterna.—Ilustres moradores de esta capital, Salud.—La union forma la fuerza de un Estado y hace á las naciones invencibles. Esta proposicion, cuya verdad se ha manifestado ahora mas que en ningun otro tiempo, es la que ha resonado agradablemente en los oidos de esta populosa ciudad, y mucho mas en los dias 29, 30 y 31 del mes pasado. Jamás haré memoria de ellos sin que palpite mi corazon, y paguen mis ojos un tributo de lágrimas, no menos á vuestro filial afecto por un rey digno de ser tiernísimamente amado, como por las vicisitudes y desgracias con que el cielo ha querido purificar su religioso espíritu. Yo os vi embriagados de regocijo luego que supisteis que *nuestros hermanos los españoles*, haciendo un esfuerzo de valor, que ha sido el carácter que los ha distinguido en todas edades, han sabido romper las infames cadenas con que se habian ellos mismos dejado atar por su honradez, buena fé, obediencia ciega á sus reyes, y por aquella sinceridad que distingue luego á los hombres honrados, que prefieren ser engañados, antes que ser ellos engañadores; pero con el esfuerzo de los gigantes han hecho cara á la vil perfidia y alevosía indigna, hasta de los mas depravados bandoleros. Aquel leon bravo, que tanto tiempo há yacia entumecido por la quartana, se ha recobrado ya, ha mirado con aspecto de indignacion á todas partes, ha sacudido su melena, y dando un espantoso y herido rugido, centellando sus ojos, ha hecho resonar, con asombro de la oprimida Europa, el grito de su independencia. ¡Temblad, malvados, y guardaos de su saña!

»Esto habeis celebrado, y tan prodigiosa resurreccion del valor amortecido nos ha hecho retroceder á los siglos de un Pelayo, de un Gonzalo de Córdoba, de un Cortés, de un Duque de Alba y de mil otros ilustres capitanes, cuyas hazañas sin par oscurecen las de los pretendidos héroes del siglo XVIII, en cuya lista habia nuestra bondad colocado al hombre astuto de la Europa.» En seguida habla de la medalla que desea perpetúe la memoria del laudable suceso, para cuya construccion los invita diciendo que: «El modelo de ella es alusivo á nuestra union íntima y á los sucesos que se han excitado y consolidado.» La medalla habia dispuesto el mismo D. Carlos María de Bustamante que «presentase la imágen del Sr. Don Fernando VII, con esta inscripcion: *Fernando Séptimo el deseado, Rey de España y de las Indias, Padre de un pueblo libre*». En el reverso se grabarian «tres manos en actitud de estrecharse cordialmente, á semejanza de las de la sociedad Vascongada; pero reunidas y ligadas con una atadura de flores, en representacion de los españoles europeos, americanos é indios reunidos. En el centro habria una ráfaga de luz que las iluminase, y por orla se leerian estas palabras: *Siempre fieles, y siempre unidos*. Por medio de estas manos pasará una asta ó lanza con una corona imperial, por cuyo honor y derechos estamos prontos á derramar gustosos nuestra sangre». Contento el Sr. Bustamante con la invitacion que hacia, añade: «¡Cuán agradable me será haber mostrado en estos símbolos la idea que ocupa mi imaginacion!» (1). Lejos de

(1) Véase esta insertacion en el Apéndice, bajo el número 16.

existir, como se ve, odio ninguno contra los españoles ni su gobierno, antes de haber estallado la revolucion, el mas exaltado partidario de ésta, el autor del artículo 1811. que acabo de dar á conocer, bendecia la union que reinaba entre los hijos de uno y otro suelo, considerándose hermanos, y estampó con imborrables letras que así él, como todos los habitantes de Méjico, estaban prontos á derramar gustosos su sangre en defensa de los derechos y de la honra del trono español. Para impulsar á las masas á combatir por la independencia, se creyó necesario destruir en ellas el afecto hácia las autoridades establecidas: se les dijo «que los españoles eran hombres desnaturalizados que habian roto los mas estrechos vínculos de la sangre; que todo lo atropellaban por solo el interés de hacerse ricos en América; que al ir á ésta no lo habian hecho con la mira de hacer felices á gentes que no conocian, sino para despojarles de sus bienes; que el móvil de todas sus fatigas era la sórdida avaricia y tener á los hijos del país avasallados bajo sus piés» (1). El pueblo, que no podia saber que los españoles habian llevado al país el trigo, el garbanzo, la lenteja, los guisantes, la lechuga, la col, la caña de azúcar, el cáñamo, las vacas, las gallinas, los cerdos, los toros, los carneros, los caballos, todo, en fin, lo que hoy constituye la riqueza de aquellos feraces terrenos, excepto el maíz, la alubia, llamada allí frijol, el pimiento, conocido con el nombre de chile, el algodón y algunas sabrosas frutas; el pueblo, que escuchaba que los españoles se llevaban grandes

(1) Manifiesto del cura Hidalgo.

sumas de oro y plata del país, sin saber que antes de la ida de Hernan Cortés solo podian aprovecharse los indios de las partículas de oro que llevaban los arroyos y los rios, ó que se encontraban casi á flor de tierra, pues ni tenian azogue ni los instrumentos necesarios para aprovechar la riqueza metálica, que era para ellos, por lo mismo, como si no existiera; el pueblo, repito, que todo esto ignoraba, al escuchar que se trataba de oprimirle y de entregar el país á los franceses por unos hombres que habian sacrificado á sus habitantes á su avaricia, que habian enriquecido oprimiendo, sintió excitado su odio contra ellos, y juzgando que todo lo que poseian era una usurpacion hecha al país, juzgaron como justo el despojarles de sus bienes, sin meditar que éstos constituian la herencia de sus hijos, que eran mejicanos. Viéndose amenazados de perder en un momento cuanto á fuerza de laboriosidad, de honradez y de economía habian adquirido en un período largo de años, los europeos, á quienes Calleja acusaba de mantenerse frios espectadores de la lucha, y aun inclinados á la independenciam si se les hubiese dejado tranquilos, se vieron en la necesidad de empuñar las armas, unos para no dejarse arrebatar lo que poseian, y otros para recobrar lo que habian perdido y no ver morir en la miseria á sus familias.

La disposicion relativa á la ocupacion de los bienes de los españoles, fué, pues, en mi concepto, desacertada. Sus riquezas desaparecieron, sin que entrase en la tesorería del gobierno del cura Hidalgo mas que una ligera parte de ellas, pues casi todas las dilapidaban, como se ha dicho, los jefes y guerrilleros que daban las cuentas con-

forme á su voluntad. Esta falta de orden en el ramo de hacienda, hizo que sufriesen los hacendados nacidos en el país una parte terrible del peso de la guerra, pues destruidas las fincas de campo de los españoles, el numeroso ejército independiente se vió precisado á proveerse en las de los mejicanos, de bueyes, de terneras, de semillas, de caballos y de dinero. Esto, si se hubiera hecho con buen orden, aunque sensible para los propietarios, lo hubieran visto como consecuencia de una necesidad apremiante, sin tenerlo á injusticia; pero como los jefes de partidas y los guerrilleros se apoderaban del ganado, de las cosechas y de cuanto habia en las haciendas dejando arruinadas éstas, se vieron en la necesidad de hacer armas, no contra la idea de independenciam proclamada por Hidalgo, que de corazon amaban, sino contra los que, poniéndose á la sombra de un principio santo, les arruinaban y empobrecian. En vano el cura Hidalgo, al escuchar las quejas de sus compatriotas, recomendaba á esos jefes y guerrilleros el orden y las consideraciones con los hacendados mejicanos. Los perjuicios causados por esas fuerzas esparcidas por todas partes y que se derramaban por las fincas de campo como devastadora langosta que todo lo destruye, llegaron á un grado verdaderamente lamentable. El cura Hidalgo, como ya he manifestado otra vez, decia á los contraventores de sus órdenes, al amenazarles que serian castigados si continuaban en sus abusos, «que le consternaban las quejas que se le daban de varios individuos, así de los que habian merecido sus consideraciones como de los que servian en sus ejércitos, por sus excesos en tomar cabalgaduras por los lugares de

su tránsito»; y que «no podía ver con indiferencia las lágrimas que ocasionaban, adulterando sus comisiones y abusando de sus confianzas». Pero el mal, á pesar de sus órdenes en favor de los hacendados americanos, continuó. Los que cometían los abusos eran muchos y se hallaban al frente de respetables fuerzas, y para castigarlos, hubiera sido preciso enviar tropas contra ellos, y promover una guerra entre su mismo ejército. Las insubordinadas masas de indios nada respetaban; y los propietarios americanos, para salvarse de los excesos de ellas, empuñaron, como he dicho, las armas, aunque sus ideas respecto á independencia estuviesen de acuerdo, como estaban generalmente, con las del caudillo de la revolucion. Se puede decir que con respecto á la idea de emancipacion, todos los nacidos en el país pensaban de la misma manera: únicamente diferían en los medios de llevarla á cabo. Los caudillos del partido independiente juzgaron que era conveniente apoderarse de los bienes de los españoles, poniendo á la vez presos á todos los europeos radicados en la Nueva España: los que se mantuvieron del lado del Gobierno, pensaban lo contrario; creían que se debía respetar la propiedad de los peninsulares, de cuyos bienes eran herederos sus hijos criollos que formaban una parte numerosa y escogida de la sociedad. La independencia, pues, vuelvo á repetir, se hubiera hecho á los pocos meses de haberla proclamado, si se hubiera ofrecido á los españoles no mezclarse con ellos si se mantenían neutrales en la lucha contra el Gobierno.

1811. Con la funesta guerra, sostenida con igual tenacidad de una y otra parte, las provincias mas flore-

cientes no presentaban mas que ruinas y desolacion: el comercio, la agricultura, la industria, las artes, la minería, todo habia muerto en ellas. «Multitud de familias», dice un historiador mejicano que presencié esas escenas de dolor, «antes acomodadas y entonces sumergidas en la miseria, lloraban en la orfandad y el abandono la muerte de un padre, de un marido, de un protector. Hoy que esta escena de desolacion está ya lejos de nuestra vista y que quedan pocos de los que la presenciaron, no produce la simple relacion el efecto doloroso que causaba el ver las familias ausentándose de los lugares, para seguir á los europeos que les pertenecian á los puntos á donde les conducian presos, ó retirándose despues del asesinato de éstos á solicitar de la caridad y beneficencia un sustento que antes les procuraba la actividad y laboriosidad de aquéllos: no hallar por todas partes mas que haciendas saqueadas, casas robadas, minas y negociaciones de todas clases paralizadas» (1).

Al hablar D. Lucas Alaman de la prontitud con que se extendió la revolucion por las provincias mas pobladas y florecientes, niega al cura Hidalgo «que hubiese indicado algun objeto político, un fin racional para tan gran movimiento, pues no se empezó á hablar de independencia hasta despues de ocupada Guadalajara». Ya he manifestado que en esto el expresado historiador Alaman ha padecido un error, pues doce dias despues de haber dado el grito de emancipacion en Dolores, le decia al intendente Riaño, en la intimacion que le envió el 28 de Se-

(1) Don Lucas Alaman: *Historia de Méjico*, t. II, págs. 218 y 219.

tiembre, que el proyecto de su empresa era «la independencia y libertad de la Nacion»; y en el manifiesto que dió en Valladolid habla, como ya tengo dicho otra vez, del «establecimiento de un Congreso, compuesto de los representantes de todas las ciudades que dictase las leyes adecuadas á las costumbres y eligiese el gobierno mas conveniente».

Censúrense los errores en que incurrió el caudillo del movimiento de emancipacion en algunos de los medios adoptados, para que así la historia sirva de leccion provechosa á los púeblos y de correccion á los jefes de todo movimiento; pero no se le niegue el mérito de haber sido el primero que levantó la bandera de independencia. Si él no hubiera dado el grito de emancipacion, acaso hubiera transcurrido otra media centuria sin que se hubiera efectuado aquélla. Entró en la revolucion lleno del mas sincero patriotismo, «porque consideró que la independencia era un bien para la nacion», y «animado de los mas santos deseos» (1). Si, pues, el historiador está en el sagrado deber de señalar los errores de los personajes que presenta, tambien se halla en la imprescindible y satisfactoria obligacion, para un corazon recto,

1811 de hacer justicia á sus gloriosos actos. El del cura Hidalgo, proclamando la independencia del país con una veintena de hombres mal armados, desafiando el poder de un gobierno respetado que contaba tres siglos de existencia, no solamente es noble en la idea, sino heróico por el inminente peligro en que se colocó en los primeros instantes con el patriótico fin de realizarla.

(1) Carta del cura Hidalgo al coronel D. Narciso de la Cuna.

Hablo del pensamiento; y el Congreso, al decretar la funcion del 16 de Setiembre en que el anciano párroco de Dolores dió la voz de emancipacion, no hizo mas que cumplir con un deber de gratitud, premiando justamente el mérito contraido por un buen patriota.

El cura Hidalgo fué el iniciador de la independencia en el terreno de las armas: D. Agustin de Iturbide el que la realizó mas adelante.

Ambos, pensando de igual manera respecto al principio político de emancipacion, fueron contrarios por diferir en los medios de realizarla.

Hoy los dos tienen igual derecho á la gratitud de la nacion mejicana.

Los partidos en que está dividida la república de Méjico, no deben mezclar en las diferencias de principios en que se agitan á esos dos hombres. Al tratar de la gloria alcanzada por uno al dar principio á la revolucion, y de la gloria del otro al consumir la independencia, se deben unir para celebrar la memoria de los dos jefes que les dieron patria.

La nacion debia celebrar en un mismo dia el grito de emancipacion y la realizacion de la empresa.

El 16 de Setiembre de 1810 y el 27 de Setiembre de 1821, debieran celebrarse en un mismo dia.

El cura Hidalgo y D. Agustin Iturbide no pertenecen á ningun partido; pertenecen únicamente á la nacion.

¡Ojalá llegue la República mejicana al grado de prosperidad y de grandeza que ambos se propusieron dar al país en que habian nacido cuando trabajaron por hacerla independiente!